

ala delta

Ramón GARCÍA DOMÍNGUEZ

**¡NOS HAN ROBADO
LA OREJA!**



En un colegio organizan un concurso de juegos tradicionales y la clase del séptimo B decide participar con la representación de una corrida de toros. Entre los que están a favor y los que están en contra ¡se arma la gorda!

Ramón García Domínguez es periodista, escritor de teatro y novelista. Como pocos, sabe captar el lenguaje juvenil y recrear el ambiente que reina entre un grupo de amigos.

Brindo este libro a los alumnos del colegio Griseras de Tudela (Navarra) que un día de mayo de 1990, cuando me preguntaron qué me hubiera gustado ser de no haber sido escritor y yo les respondí que «torero», ellos se rieron –¡hay que ver!– a carcajada limpia.

Mi agradecimiento más cordial a Emilio Casares, José Luis Lera y Roberto Domínguez por su asesoramiento y entusiasmo.

Índice de contenido

Cubierta

¡Nos han robado la oreja!

I. ¡Sólo ha sido un susto!

II. Vamos a jugar al toro.

III. «Brindo mi faena a los de Séptimo B».

IV. ¿Quién se apunta para caballo de picador?

V. ¡Nos han robado la oreja!

VI. Al toro por los cuernos.

VII. Vuelta triunfal al ruedo.

Coletilla.

Notas

I

¡Sólo ha sido un susto!

—¡P ASO, paso, dejen paso, que viene herido; apárten-
se, por favor!

Tres peones transportan a la carrera el cuerpo inerte de Paco Martín el Niño de las Rimas. ¡Qué bien hace el desmayado, hay que ver!

Y qué bien desempeña su papel de médico de la plaza Toño del Arco. Bata blanca y el fonendoscopio colgándole del cuello. Y una voz profunda de ordeno y mando:

—Depositadlo con cuidado en esa camilla.

Mira y remira con todo detenimiento al torero herido. Se detiene en el muslo. Se acerca, observa, frunce el ceño. Luego levanta los ojos, se estira la goma del nudo de la corbata, la suelta de golpe, ¡plas!, y pronuncia su diagnóstico con voz engolada, pero con una sonrisa tranquilizadora.

—Un puntazo sin importancia. Le pongo un vendaje y como nuevo. Un susto, sólo ha sido un susto. ¡Puede continuar el festejo!

Paco Martín el Niño de las Rimas abre los ojos y sonrío de oreja a oreja.

La buena noticia corre como un reguero de pólvora.

—¡Sólo ha sido un susto! —grita alguien del público.

Todo el redondel estalla en un aplauso y comienzan a flamear pañuelos blancos pidiendo la oreja para el valiente torero. Porque resulta que el Niño de las Rimas ha sido

herido precisamente al entrar a matar. Justo al clavar el estoque al toro, éste le enganchó por el muslo izquierdo y le dio una voltereta. Pero el bravo animal cayó también de inmediato muerto por la estocada. Y «muerto» permaneció en el suelo Jacinto de Blas –el toro– mientras atendían en la enfermería al diestro herido.

–Lo ha hecho mejor el toro que el torero –salta Menchu de Blas con retintín y elevando la voz para que la oiga Mary Luz Alonso, situada unos metros a su derecha.

(Seguramente no hará falta aclarar que Menchu de Blas es hermana de Jacinto de Blas –el toro–, pero sí será necesario dejar caer que Mary Luz Alonso y Paco Martín el Niño de las Rimas se... ¡bueno, eso!).

El presidente del festejo, Carlos Redín el Culos (con perdón, luego explicaremos la razón del mote), saca el pañuelo blanco en señal de conceder una oreja al torero triunfador. Y la banda se arranca con un vibrante pasodoble. Nadie hubiera dicho que cinco embudos haciendo de trompetas, cuatro tapas de cazuela a modo de platillos y tres bidoncitos de detergente de lavadora como otros tantos tambores, pudieran meter tanta bulla.

El Niño de las Rimas reaparece en ese momento en el ruedo, de regreso de la enfermería. Trae una venda bien apretada en el muslo izquierdo. Destaca la blancura de la venda sobre el negro del traje campero, y resalta sobre la blanca venda una mancha de tinta roja que sugiere la sangre de la herida.

–¡Esto ya es por demás! –grita de pronto, airado y poniéndose en pie, don Nicanor Alonso Diéguez, padre de Mary Luz Alonso y secretario de la Junta Directiva de la Asociación de Padres del colegio–. ¡Sólo nos faltaba la sangre! ¡Quiero hablar con el director ahora mismo!, ¡¿dónde está el director?!

La pregunta va dirigida al jefe de estudios, sentado a su lado.

—Está en su despacho —responde éste con gesto de no entender el mal humor de don Nicanor—. Tenía que resolver unos asuntos urgentes y me ha pedido que me ocupase yo de la fiesta.

—¡Pues voy a verlo de inmediato! También yo estoy remplazando al presidente de la Asociación de Padres y exijo una explicación de lo que aquí está pasando.

—Pero ¿qué es lo que está pasando? —pregunta, con toda ingenuidad, el jefe de estudios.

Don Nicanor ni le presta atención. Se aleja a grandes zancadas mascullando imprecaciones. En el coso taurino erigido en el patio del colegio, el valiente diestro Paco Martín, alumno de séptimo curso, está dando la vuelta al ruedo entre un clamor de aplausos y el chun-chun de las tapaderas y los embudos de la banda de música. En la mano derecha muestra una oreja negra de trapo, conseguida como trofeo por su valiente faena, y en la otra un clavel reventón que le ha lanzado una chica del público.

—¿Quién le ha tirado esa flor? —pregunta, con tono resabiado, la meticona Menchu de Blas—. ¿Ha sido acaso la señorita Mary Luz?

—Pues si ha sido ella —responde alguien a su lado—, ya se puede preparar, porque a su padre no le está gustando nada esto de los toros... Acaba de levantarse hecho una furia y ha ido a protestar al director del colegio.

—¡Vengo a protestar, señor director! —estalló don Nicanor, apenas hubo franqueado la puerta del despacho.

—¿Protestar de qué, don Nicanor? —preguntó el interpelado, poniéndose en pie y tendiendo la mano al visitante. Éste se la estrechó por puro cumplido.

—¡Por... por... lo de la co-corrída de to-toros en el patio!

Don Nicanor tartamudeaba a causa de su creciente excitación. El director del colegio no daba crédito a sus ojos

y oídos. Le conocía desde hacía unos cuantos años y nunca le había visto en ese estado. Es más, don Nicanor tenía fama de tranquilo. En las reuniones de la Asociación de Padres solía ser siempre el elemento conciliador cuando los ánimos se exaltaban y las opiniones se expresaban a voz en grito. Él extendía entonces las manos, las balanceaba acompasadamente de arriba abajo pidiendo calma, y luego tomaba la palabra con voz sosegada y casi... casi melodiosa. La paz se restablecía al punto y todo discurría como la seda. Era un hombre, sin duda, respetable y respetado. Bueno, el mero hecho de que el resto de los componentes de la Junta Directiva se llamasen entre sí por su nombre a secas y a don Nicanor le llamasen todos don Nicanor, digo yo que algo querrá decir. Y no era por razón de la edad, no, no. Que aunque don Nicanor había ya cumplido el medio siglo redondo, cincuenta y ocho años tenía el presidente y, aun siendo presidente y teniendo ocho años más que don Nicanor, nadie le llamaba don Francisco, ni siquiera don Paco, sino Paco a secas.

Don Nicanor era un hombre ecuánime y apacible. Como buen pescador de caña que él mismo se preciaba de ser. Está visto que quien se pasa las horas muertas esperando a que pique un pez, temple sus nervios para cualquier situación conflictiva de la vida cotidiana.

Por eso no salía de su asombro el director del colegio viendo tan fuera de sí a don Nicanor.

—Por favor, cálmese usted y explíquese, le escucho.

—Señor director: soy de la opinión de que no debía usted haber permitido la corrida de toros que se está desarrollando en el patio del colegio.

—Es un juego, don Nicanor, sólo un juego...

—¿Un juego? ¡Un juego cruel! ¡El espectáculo de los toros es denigrante y bárbaro, y, por tanto...!

Don Nicanor volvió a exaltarse y ahora le dio un acceso de tos que casi se ahoga.

–¿Le traigo un vaso de agua? –preguntó, solícito, el director.

–No, no hace falta... Ya se me pasa.

Hubo un tenso silencio. El director del colegio cruzó las manos y carraspeó antes de volver a hablar.

–Mire, don Nicanor, podrá usted opinar lo que le plazca sobre las corridas de toros, está usted en su pleno derecho. Pero permítame decirle que me parece –con todos mis respetos– que está sacando las cosas de quicio. Lo que está celebrándose en el patio, dentro del programa de fiestas del colegio, es sólo un juego, lo que antes llamábamos «Jugar al toro», ¿no lo recuerda? ¿Es que usted no ha jugado nunca al toro cuando era niño, don Nicanor?

El interpelado se puso en pie como impulsado por un resorte. Miró fijamente por encima de la cabeza del director, como si hubiese quedado hipnotizado por los ojos de una lechuga disecada que estaba en lo alto de un armario, y pronunció con absoluta corrección, sin perder ahora para nada la compostura:

–Creo que no quiere usted entenderme, señor director. Hay juegos y juegos. Y éste, que incita a los chicos a la violencia con los animales y fomenta los instintos más primarios, debería estar prohibido. ¡Por lo menos en este colegio!

–Pero el programa de festejos fue aprobado en su día por la Junta Directiva de la Asociación de Padres... –argumentó el director, casi con voz suplicante.

–¿Y en el programa ponía lo de «Jugar al toro»? –replicó al punto don Nicanor.

–Bueno... En el programa se habla de un concurso de juegos tradicionales; y de acuerdo con esa convocatoria, cada clase ha elegido libremente el que ha querido. Si los alumnos de Séptimo B escogieron el de «Jugar al toro», no veo yo por qué...

–Está bien –le interrumpe enérgicamente don Nicanor—. Como secretario de la Junta Directiva de la Asociación

de Padres de este colegio, y en calidad de representante y delegado del presidente en los festejos de hoy, abandono mi puesto en el patio en señal de repulsa y protesta. Y sepa que, en la próxima reunión de la Junta, pediré la comparecencia de la Dirección del colegio para que ofrezca las correspondientes explicaciones en lo que se refiere a la mecánica del concurso de juegos tradicionales y a la selección que se ha hecho de los mismos.



—Y si... —El director se quedó con la palabra en la boca. Don Nicanor había girado sobre sus talones, con un movimiento genuinamente militar, y había salido del despacho abriendo y cerrando la puerta con el automatismo de una máquina.

Claro que mejor era que don Nicanor no hubiera oído lo que el director había comenzado a decir. Su enojo ha-

bría llegado a límites indignos de una persona tan ecuánime como él.

Aunque tampoco puede decirse que no se enojase lo suyo al oír la protesta de su hija Mary Luz cuando la agarró por el brazo para llevársela a casa, entusiasmada como estaba la niña con la corrida de toros.

—¡Pero papá, si es muy bonito, ¿por qué nos tenemos que ir?! ¡Si esto de torear parece una danza! ¡Es igual que si estuvieran bailando *ballet*, papi, y a ti el *ballet* te gusta, no digas que no!

Don Nicanor apretó los dientes, arrugó la nariz y tiró de la mano de su hija con un golpe seco que casi le desoyunta el hombro.

(«¡Igual que el *ballet*, habrase visto qué majadería!», iba pensando, mientras salía con su hija del patio del colegio. «¡A tales barbaridades conducen estos juegos! ¿O tendrán la culpa las clases de *ballet*...?»).

—Oye, Mary Luz, dime una cosa: ¿qué me contaste el otro día que estabais preparando en la escuela de danza para la función de fin de curso?

—La «Canción del toreador» de la ópera *Carmen*, papi.

Don Nicanor cerró los ojos y meneó la cabeza como diciendo: «Ahora me lo explico todo. ¡Esto es una conspiración! Mi hijita querida está echándose a perder...». Y justo en el momento en que ponía en marcha el coche, aparcado cerca de la puerta principal del colegio, llegó del patio un «¡Olé!» triunfal y ensordecedor que don Nicanor, perdiendo una vez más la paciencia acumulada durante jornadas y jornadas de beatífica pesca, trató de contrarrestar con un descomunal acelerón del motor. Su hija Mary Luz casi da la vuelta de campana hacia atrás con la arrancada violenta del vehículo.

* * *

–Oiga, don Ramón.

–¿Es a mí?

–Sí, sí, a usted; es que no he querido interrumpirle hasta que acabase el capítulo. Quería preguntarle una cosa que ha dejado usted en el aire...

–¿Y cuál es?

–Pues la frase que iba a pronunciar el director del colegio cuando don Nicanor salió de su despacho todo malhumorado.

–Ah, sí, ya recuerdo. ¿Y no la he puesto?

–No, no señor, vuelva atrás y podrá comprobarlo usted mismo. Lo único que dice es que fue mejor que el director no llegase a pronunciarla, porque si la llega a oír don Nicanor...

–¡Huy, si la llega a oír don Nicanor! Posiblemente hubiera perdido su fama de pacífico para siempre jamás. Seguro.

–¿Pero qué es lo que fue a decir el director y no dijo?; me tiene usted en ascuas...!

–Pues iba a decir: «¿Y si resulta que los de Séptimo B ganan el concurso de juegos tradicionales?».

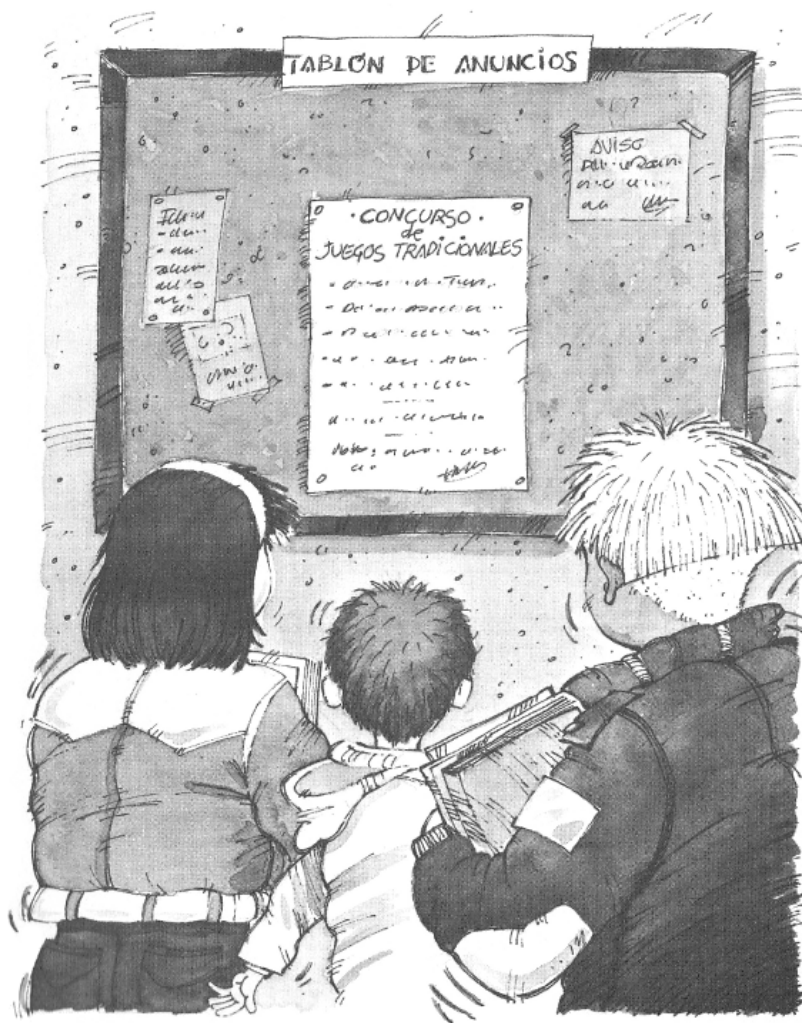
–¡Ya lo creo que se hubiera enfadado don Nicanor; pero es que la preguntita era casi una provocación, no me diga usted! Oiga, y a todo esto... ¿ganaron o no ganaron los de Séptimo B el concurso con su corrida de toros?

–Cada cosa a su tiempo, curiosón, cada cosa a su tiempo...

II

Vamos a jugar al toro

CADA cosa a su tiempo y en su sitio, ya lo he dicho al terminar el capítulo anterior. Pues bien: para que cada cosa esté en su sitio y todo ocurra a su tiempo, empezaré esta historia por el comienzo, precisamente por el día en que aparecieron las bases del concurso en el tablón de anuncios del colegio. Fue a mediados de abril y decían así:



La verdad es que la convocatoria no provocó al principio demasiado entusiasmo. Los chicos la leyeron con indiferencia y no pocos se preguntaban, encogiéndose de hombros, qué significaba exactamente «juegos tradicionales».

—¡El rollo ese del escondite, el bote-bote y juegos por el estilo, a los que jugaban nuestros padres y nuestros